

LIBRO III

**LOS PAPAS, LOS MUSULMANES Y EL  
FEUDALISMO.**

---

LIBRO III

LOS PAPAS, LOS MUSULMANES  
Y EL FEUDALISMO

---

SUMARIO

El imperio de Oriente.—Division del Occidente entre los bárbaros —Los pontífices hasta San Gregorio Magno.—Heregias.—Mahoma.—Pipino el Breve y Estéban III.—Origen y consolidacion del poder temporal de los papas.—Adriano I, Leon III y Carlomagno —Comienza la preponderancia del poder pontificio.—Leon IV y los musulmanes.—Leon V, Pascual II y Gregorio IV y Ludovico Pio.—Cisma de Focio.—Nicolas IV y el rey Luis II.—Oton el Grande.—Silvestre II.

I.

El imperio de Oriente destinado á sobrevivir por espacio de mil años al de Occidente, cuya caída habia apresurado, se sostuvo aunque con poca gloria en medio del general trastorno. Despues del reinado del débil Arcadio, Teodosio II, ó mas bien su hermana Pulqueria supo proporcionar al imperio, si no brillo y poder, al menos la tranquilidad necesaria para que se redactase el código Teodosiano suficiente para dejar de este reinado un indeleble y memorabilísimo recuerdo. A la muerte del emperador Marciano, que se habia atrevido á desafiar y habia amedrentado á Atila, las contiendas religiosas promovidas por los hereges eutiquianos se prolongaron por espacio de medio siglo, á pesar del *edicto de union* publicado por el emperador Zenon y de las peligrosas guerras sostenidas contra la Persia. Juntábanse á las disensiones religiosas los trastornos civiles, cuyo frívolo pretesto patentiza el colmo del envilecimiento en que habia caído el poder, y toda la degradación de las costumbres. Los cocheros del circo, distinguidos por los colores de las libreas, formaban dos facciones, la de los *azules* y la de los *verdes*, divididos por una rivalidad fu-

riosa en la que tomaron parte el pueblo, los grandes y hasta el emperador mismo. Convertido el hipódromo en arena política, vino á ser el teatro de las mas sangrientas disputas y de las mas terribles sediciones. El emperador Anastasio intentó apaciguar las discordias despidiendo la turbulenta guardia isáurica, prohibiendo los combates de hombres y de animales feroces y suprimiendo el impuesto del Crisargiro que arruinaba la industria; pero sus ridículas pretensiones de entendido en la ciencia teológica dieron creces á la heregia y aumentaron el descontento de los ortodoxos, precisamente mientras los árabes devastaban la Siria y la Persia, y saqueaban la provincia de Armenia. Vino por fin Justino I que restableció la paz en la Iglesia y en el imperio, preparando en ese oscuro período el ilustre reinado de Justiniano.

Justiniano á pesar de la debilidad de su carácter debió una verdadera gloria á algunas ideas grandes, y principalmente á las felices circunstancias que le hicieron hallar hombres capaces de realizar sus proyectos. Reconstituir el antiguo imperio romano rescatando de los bárbaros las provincias occidentales y establecer sobre bases sólidas el gobierno interior, fundando una legislación completa y regular: tales fueron los objetos que se propuso y alcanzó Justiniano.

Una guerra con la Persia comenzada en el reinado de Justino, suspendió por algun tiempo las empresas del emperador contra el Occidente. Belisario cuyo nombre fué despues tan famoso, empezó á darse á conocer por sus hazañas contra el rey Cobades; pero el inepto general que tras él vino, se retiró delante de los Persas, y Justiniano fué feliz en poder alcanzar la paz pagando once mil libras de oro á Cosroes, sucesor de Cobades. Dirigiéronse al instante todas las fuerzas del imperio contra las provincias de Occidente, y Belisario se encargó de reconquistar el Africa, en donde los vándalos, debilitados por las delicias del clima habian perdido su energia y su valor antiguos. En 532 desembarcó Belisario en Africa para castigar la usurpacion de Gelimer, que derrotado en Fricameron se entregó á los romanos; pronto fué tomada otra vez Cartago, sometieron la Cerdeña y la Córcega, y el Africa volvió á ser provincia romana. Gelimer habia perdido su reino sin hacer sentir otra queja que estas palabras:

*!Vanidad de vanidades, y todo vanidad!* Belisario regresó triunfante á Constantinopla á la manera de los antiguos romanos, ostentando delante de su carro los vasos sagrados del templo de Jerusalem, llevados á Roma por Tito y por Genserico á Cartago. Poco despues enviado contra los ostrogodos para vengar la muerte de la reina Amalasunta, empezó la conquista de Italia, concluida veinte años despues por el eunuco Narses; y vuelto otra vez Belisario contra los Persas, que llamados por los armenios pasaron el Eufrates y saquearon toda la Siria, salvó á Jerusalem; mas como no pudo reconquistar la Armenia, el ingrato Justiniano le despojó del mando del ejército y de todas sus dignidades. Libre Cosroes de su temible enemigo, continuó la guerra, y á pesar de la traicion del rey de Colquida, solo concedió la paz al emperador y la libertad de conciencia á los cristianos de Persia, mediante un tributo de tres mil piezas de oro.

El destino de Belisario era terminar su noble carrera siendo el blanco del odio y de la calumnia y siempre dispuesto á servir al príncipe que le habia privado de sus favores. Mientras que los avaros fundaban un poderoso imperio en las márgenes del Danubio, los búlgaros bajando al mediodía atravesaban la muralla con que el emperador Anastasio pensó detener las invasiones de los bárbaros. Un ejército griego enviado contra ellos fué derrotado y Justiniano tembló por la capital; pero Belisario sacado de su retiro por el peligro, armó los ciudadanos, reunió todos los caballos del hipódromo para formar caballeria y obligó á los búlgaros á huir mas allá del Danubio. Salvado el riesgo, olvidó Justiniano los últimos servicios del héroe; despojóle de sus bienes y le envió á un destierro, en donde murió pocos meses antes que el emperador.

El gobierno de Justiniano presenta un singular conjunto de grandeza y de debilidad, de nobles empresas y de miserables intrigas. Dotadas generosamente las artes, se unieron para adornar la capital y las provincias con magníficos monumentos. Entre las veinte y cinco iglesias de Constantinopla descolló la basilica de Santa Sofía, orgullo de Justiniano, quien contemplándola exclamó: «¡Oh Salomon, yo te he vencido!» Pero al mismo tiempo, elevada al trono la cortesana Teodora, hija de una cómica y esposa de Justiniano, agotaba los recursos del imperio con una fastuosa

prodigalidad, y los ministros se enriquecieron falseando por el oro las constituciones imperiales. El emperador mismo, apasionado á los juegos del circo, se mezclaba en las disputas de los cocheros y parecia alentar los desórdenes de que estuvo á pique de ser víctima, de modo que en una de sus sediciones que conmovió por espacio de cinco días la ciudad de Constantinopla, Justiniano ponía ya el pié en el esquife para escaparse, cuando Teodora le contuvo diciéndole: «Huye si quieres; en cuanto á mí no conozco sepulcro mas glorioso que el trono.» Justiniano recobró su entereza y la sedición quedó aniquilada con la muerte de treinta mil facciosos.

La única gloria incontestable de Justiniano es su legislacion. La ciencia del derecho cultivada sin descanso durante muchos siglos por los mas ilustres jurisconsultos que haya habido jamás, era casi inaccesible á causa de su estension misma. Las leyes de las Doce Tablas, antiguo fundamento de la legislacion romana, eran una tradicion respetable, pero inútil ya para las necesidades de la nueva sociedad. Al lado de este derecho civil, los edictos de los pretores, siguiendo la marcha de la civilizacion y modificados incesantemente por la jurisprudencia, se habian esforzado en armonizar las leyes con las costumbres, mientras que las sabias interpretaciones de los *prudentes* deducian las consecuencias prácticas de los principios filosóficos del derecho y sus trabajos eran dignos de colocarse entre los manantiales mas fecundos de la legislacion. Los emperadores, habiendo concentrado en sí el poder legislativo, publicaron constituciones, edictos y decretos. Tratábase de formar un conjunto de todos estos materiales, de entresacar de un cúmulo de disposiciones desechadas por el uso, las leyes conformes al carácter de la época, de trazar á los magistrados y á los jurisconsultos una senda segura y fácil en el laberinto en donde los mas peritos se extraviaban. Los códigos Gregoriano y Hermogeniano, donde estaban reunidas las constituciones de los emperadores cristianos, apenas habian bosquejado esta obra inmensa. Justiniano osó acometerla por entero y tuvo la gloria de terminarla, bien que la sobrada prisa perjudicó muchas veces á su perfeccion. Emprendieron la tarea los mas hábiles jurisconsultos de la época bajo la direccion del cüestor Triboniano y en 528 fué publicado el código, coleccion en doce libros de las consti-

tuciones imperiales, completamente revisadas algunos años despues. El 533 aparecieron á un tiempo las Pandectas ó Digesto, vasta compilacion donde están reunidas, comparadas ó conciliadas las decisiones de todas las escuelas de jurisprudencia; y las Instituciones, obra elemental, donde se hallan expuestos para uso de las escuelas los principios de la ciencia del derecho. Las leyes particulares publicadas por Justiniano durante los últimos treinta años de su reinado fueron reunidas en el libro de las Novelas, cuyo número acrecentaron las constituciones de sus sucesores.

Cuando falleció Justiniano se hallaba el imperio de Oriente en el apogeo de su poder, poder que sin embargo mas que realidad tenia apariencia. Hácia el oriente obligado Justiniano á comprar la paz al rey de Persia, logró no obstante restablecer en sus antiguos límites el imperio. Al occidente le habia sido preciso dejar en poder de los bárbaros la Gran Bretaña, abandonada por los romanos desde Honorio, la Galia que habia caido en poder de los francos, y la España ocupada en parte por los visigodos; mas recobró el Africa, la Italia, una parte de la España, y Roma volvió á ser la segunda capital del imperio. Esta súbita reunion de naciones separadas desde mucho tiempo duró poco. Los lombardos se aproximan á las fronteras de Italia y no tardan en trasponerlas; los búlgaros se acercan á Constantinopla; los ávaros, pueblo salido del Asia en pos de los hunos, se establecen en la Dacia, donde en otro tiempo se habian fijado los godos: los persas amenazaban la frontera oriental, y no está lejos el dia en que todas las provincias de oriente inundadas por la invasion mahometana, quedarán desmembradas para siempre del imperio.

En el reinado de Justino II, sucesor de Justiniano, la Italia pasó al poder de los lombardos sin que el Oriente hiciese la menor tentativa para impedirlo. Tiberio II acometido por el anciano Cosroes, no pudo rechazarle sino comprando á precio de oro la retirada de los ávaros, que se adelantaban hácia Constantinopla; pero en el reinado del valiente Mauricio, perdieron dichos bárbaros sesenta mil hombres en cinco batallas, y Mauricio protector del heredero de Cosroes contra un sátrapa rebelde, llegó á disponer del trono de los Sasanidas. Tan eminente general pereció en una sedición asesinado por el oficial Focas que se apoderó de la corona, mas

Cosroes II, que debía el imperio á Mauricio, declaró la guerra al asesino y bajo pretexto de vengar á su bienhechor invadió el imperio.

Constantinopla se hallaba estrechada por los bárbaros hácia el mediodía y el norte cuando subió al trono Heraclio despues de derribar á Focas, que por siete años consecutivos habia manchado el trono con sus escesos. Cosroes recorrió la Siria, de paso saqueó á Damasco, Antioquia y Jerusalem, matando á los que rehusaban pisar el crufijo para adorar el sol, mientras que su teniente Sain atravesaba triunfante el Egipto y volvía al Asia menor para poner guarniciones hasta en la ciudad de Calcedonia. Heraclio solicitó la paz y Cosroes contestó haciendo desollar vivo al valiente Sain, porque habia prestado oídos á las proposiciones del emperador. Al mismo tiempo los ávaros instigados por los persas, volvieron á empuñar las armas y se presentaron bajo los muros de Constantinopla, de suerte que Heraclio reducido á su capital, pensaba huir á Cartago cuando le retuvo el clero y le dió sus riquezas, con lo cual la Iglesia salvó el imperio.

Habia concluido la época de las desgracias y comenzó un período de triunfos. Heraclio llevó de golpe la guerra al centro de la Sicilia, y Cosroes sorprendido retrocedió á la otra parte de las fronteras no sin ser roto durante su retirada en Issó y en Mosul. Los ávaros en 626 quedaron casi esterminados, y Heraclio recobró la Armenia y la Siria con el auxilio de las tribus de los turcos-khazaros aliados del imperio. Siroes sucesor de Cosroes imploró la paz mas no pudo obtenerla sino devolviendo los países conquistados, las águilas romanas, y la verdadera cruz que su padre habia cogido á los Griegos.

Transcurrirá mucho tiempo antes que la Persia vuelva á atacar el imperio, mas contra este se levantan en el mediodía enemigos mas temibles. Mahoma lanza contra el mundo las errantes tribus de la Arabia con el Coran en una mano y la cítarra en otra; las provincias orientales del imperio son las primeras en sufrir la invasion: una batalla decide la conquista de la Siria y del Egipto, y en adelante los límites del imperio no alcanzarán mas allá del Asia menor. Heraclio, perdida su gloria, muere sin vengar sus derrotas, le suceden una larga série de príncipes cuyos nombres son otros

tantos lunares en la historia del envilecido imperio. Despues de medio siglo de infamias y de crímenes se estingue la familia de Heraclio, y comienza un período menos lamentable, en el cual durante 400 años el imperio resiste los ataques de los bárbaros y las intestinas discordias fomentadas por las controversias religiosas.

## II.

Era mas fácil conquistar la Italia que conservarla, y así fué que apenas empezaba el hérulo á afirmar su naciente dominio aliándose con los visigodos y los vándalos, cuando tuvo que haberse las con un competidor terrible. Los ostrogodos metidos en un rincón de la Iliria y cansados de una ociosidad insólita, se removían al otro lado de los alpes y no aguardaban mas que un jefe para lanzarse á la guerra y al pillage. El emperador Zenon les envió al jóven Teodorico, descendiente de su propio rey, á quien habia educado en Constantinopla y conferido las primeras dignidades del imperio. Delególe sus derechos imperiales sobre la Italia, y le encargó la arrancase del poder de los hérulos confiando que de esta suerte los bárbaros se destruirían unos á otros y vencería al enemigo con las armas del jóven guerrero. Teodorico partió revestido de un velo sagrado, digno de su investidura; pero no habia de ser por mucho tiempo el dócil instrumento del débil emperador de Oriente. Al frente de toda la nacion de los ostrogodos atravesó rápidamente los Alpes Julianos, y derrotó cuatro veces á las tropas de Odoacro, quien solo pudo defenderse detrás de los muros de Rávena. Despues de dos años de sitio, cansados igualmente de la guerra godos y hérulos, firmaron un tratado que daba la mitad del reino á Odoacro, pero su rival le dejó atravesado de heridas en un festin y reinó solo.

Teodorico que era tan valiente como un jefe de bárbaros y tan astuto como un discípulo de los griegos, poseia todas las dotes que constituyen un gran rey: conocimientos militares para conquistar y estudios políticos para organizar las conquistas. Sometida la Italia, fortificó todas sus avenidas; ocupó la Iliria, la Retira, la Pannonia y la Nórica para cerrar todos los pasos á los hijos del norte; confinó los restos de los hérulos al pié de las montañas para que